

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XII

Marzo de 1935

Núm. 117

Puntos de vista

La locura del mundo

La actualidad mundial está toda consagrada a la posibilidad de una guerra europea. La carrera armamentista alcanza ahora una tensión inusitada, acaso como nunca se sintió en otras épocas. Cifras fantásticas del presupuesto de las naciones se fijan para la construcción de armamentos. Se ha olvidado por completo la dura experiencia de 1914 y como si el mundo hubiera alcanzado una época de superabundancia y no existieran las masas de famélicos, se está entregando a la destrucción el tesoro destinado a salvar por otros medios a la humanidad angustiada.

Este contrasentido casi inadmisibile en países que llevan sobre sí mismos la responsabilidad de haber creado la mayor civilización que recuerda la historia, es, sin embargo, privativo de Europa. Con la barbarie de la guerra, se volverá otra vez a la barbarie que muchos estadistas y observadores temen que se produzca en el Viejo Mundo. Los elementos más mortíferos de destrucción han sido ideados por la ciencia. Y la guerra de 1914, fué apenas un ensayo de lo que podrá verse en una guerra futura.

Parecía que el mundo había quedado agotado con aquella trágica experiencia. Parecía que ya no había posibilidad de volver a las andadas, después de los terribles dramas vividos por los combatientes. Una literatura entera fué destinada a mostrar la lepra del mal guerrero. Escuadrones de escritores nacieron en todas par-

tes, para narrar con los colores más sombríos y con los ejemplos más sobrecogedores, el horroroso período de cuatro años que Europa vivió en medio de la metralla y de la muerte. Tratados y reuniones de estadistas, viajes y visitas de reyes, cambios de gobiernos que se suponía habían provocado el desequilibrio de las viejas organizaciones políticas, de nada han servido. Los cambios de regímenes se diría que han exasperado aún más la fiebre bélica. Toda la prédica pacifista y todo el esfuerzo gastado en demostrar la barbarie de la guerra, no han evitado que los gobiernos que más padecieron con ella, destinen cifras colosales del presupuesto a equiparse en forma jamás vista para la eventualidad de una guerra próxima.

Tal es el balance de Europa, después de veinte años del día en que los primeros ejércitos comenzaron a movilizarse en demanda de las fronteras enemigas. Las densas zonas de cruces que abren inútilmente, sus brazos a lo largo de todos los caminos de Europa, mostrando la tierra en donde reposan las víctimas sacrificadas a los ciegos y orgullosos imperialismos, no han logrado calmar la locura de los gobiernos. Las fronteras continúan siendo enigmas indescifrables; las usinas construyen con desesperada precipitación elementos de muerte. Se acumulan cañones, se suman a las cifras de hombres destinados a morir, otras sumas de reserva. Es la demencia de Europa. El delirio de un continente sobre el cual han crecido y fructificado las más altas culturas.

Es el caso de preguntarse con amargura: ¿de nada ha servido la civilización? ¿De nada el pensamiento de los filósofos, la grandeza de los artistas, el desinterés de los hombres de ciencia que se sacrificaron en beneficio de la humanidad? Son preguntas estériles que no encuentran respuesta adecuada. La respuesta la da Europa, en estos momentos con su locura armamentista.

Cuando se producen los arrasamientos de regímenes, después de las hecatombes guerreras, el análisis de los pensadores comienza a buscar las causas y orígenes de esos nuevos regímenes que trastornan toda la armazón social del mundo, como ocurrió con Rusia y como ha ocurrido posteriormente con otras naciones. Pero el cam-

bio de aquellos regímenes, no ha impedido que se forme de nuevo la atmósfera de la guerra. Ni unos ni otros lograron elevar la categoría humana, despojándola de sus viejos e irreductibles instintos de destrucción. Este drama tampoco parece tener una explicación. ¿Está en quiebra el elemento humano? ¿Está en bancarrota la civilización? ¿Tienen razón los pesimistas que consideran que la cultura europea está en crisis y que es preciso renovarla?

¿La anarquía del pensamiento y de la orientación filosóficas que padece Europa desde el término de la guerra y con ella el mundo todo, debe acaso ser restablecida en su clásica armonía con una nueva hecatombe? Puede creerse, después de los resultados desastrosos, obtenidos con aquella matanza inútil, que una nueva, logre modificar o corregir, en beneficio de la civilización que tanto ha costado crear, las líneas quebradas y destruidas?

Tal parece ser la sombría incógnita.